



Conferencia Regional: “La desinformación en la era digital y su impacto en la libertad de expresión y los procesos electorales”

Miércoles 30 de enero de 2019, 5 p.m. (Auditorio, Plaza de la Autonomía)

El 26 de enero de 1993, en las instalaciones de la Universidad de Costa Rica, se realizó la primera conexión de 12 nodos o puntos de acceso a Internet. Pocos años antes, la UCR se había conectado a Bitnet – una antigua red internacional de computadoras de centros docentes y de investigación –, por lo que ese paquete de datos recibido fue el primer correo electrónico que se recibió en nuestro país.

Este es un hito que, 26 años después, conmemoramos reflexionando sobre las aspiraciones que en aquella época tuvimos y tuvieron las autoridades universitarias y nacionales: que esta red que nos unía y nos permitía intercambiar información marcara el inicio de una era en la que todos tuvieran un papel. Pienso que no nos equivocamos en pensar que era el inicio de una era: más de veinte años después, el mundo entero ha revolucionado gracias a la posibilidad de acceder, compartir y debatir la información que se encuentra en línea. Pero, lo cierto es que aún falta camino por recorrer para decir que todos han tenido un papel en este camino. No han faltado actores; no se trata de eso. Se trata de pensar que aún quedan muchas personas excluidas de esta fuente de conocimiento, y con ello no hemos resuelto el grave problema de equidad que atañe a nuestros países latinoamericanos.

Pero, 26 años después, son aún más las preguntas que inquietan nuestra interacción en esta era digital. Es bien conocido por todos que internet nos ha abierto puertas, y nos ha acercado, a los aspectos más recónditos de las culturas, y nos ha permitido comunicarnos incluso en idiomas que nunca creeríamos conocer. Sin embargo, es momento también de reconocer que la misma desigualdad que aqueja nuestra sociedad real, tiene su reflejo en la sociedad virtual, con efectos multiplicadores. Las llamadas noticias falsas, que no son una novedad para ninguno de estos dos ámbitos sociales, tienen un eco tan poderoso en el mundo digital, que ponen en riesgo el libre intercambio de ideas. En una región tan desigual como América Latina, en donde los derechos



humanos siguen siendo vulnerados sin mayor disimulo, no podemos darnos el lujo de que la diseminación de información deliberadamente falsa mancille aún más el delicado equilibrio entre la libertad de expresión y el debate democrático, especialmente en períodos electorales. En años recientes, quizá esta ha sido la mayor evidencia de cuánto influyen en la opinión pública estas manifestaciones.

Son muchos los sectores preocupados por la puesta en marcha de campañas de desinformación, y el uso indebido de datos personales. La Universidad de Costa Rica ha manifestado, en reiteradas ocasiones, la necesidad de que en el país se cuente con legislación actualizada que responda a las necesidades de uso e intercambio de información de los tiempos que corren. No solo para promover una comunicación plural e inclusiva – lo cual ha sido una de nuestras mayores luchas –, sino también porque cuantas más y mejores herramientas de comunicación tengan aquellas voces por años silenciadas, podremos rebatir más y mejor aquellos ataques que pretendan acaparar y establecer únicas vías del pensamiento.

Precisamente, la diversidad de voces es una de las maneras de abrir la mente a nuevas ideas, a diversas alternativas, a conocer e informarse mejor. En períodos electorales, por cada elector que busca información para formar sus criterios, hay incontables electores más que siguen siendo susceptibles a sesgarse y a desinformarse por causa de informaciones falsas creadas deliberadamente para promover a candidatos a costa de otros.

El comportamiento en esta era digital, en donde todos tenemos un álter ego tras la cuenta de un correo o usuario de una red social, no es tan distinto del que se podría tener en la vida cotidiana, lejos de las pantallas. Quien quiere hacer daño, lo puede hacer aún de frente, aún sin alias. Sin embargo, el poder multiplicador que ofrecen las redes sociales virtuales, y el poder que se siente al poder hablar, decir y escribir sin mayores represalias y tras el anonimato, supera por mucho la influencia de una única persona en el mundo físico.



La educación en el uso de estas herramientas no puede seguir siendo considerada como educación para el futuro, pues ese futuro ya está aquí. La ciudadanía requiere tener mecanismos para identificar cuándo está frente a informaciones o desinformaciones, y por ello no debemos olvidar que vivimos en sociedades altamente desiguales, en donde la propia educación básica y acceso a la información siguen siendo dispares para la población. Así, la vulnerabilidad es aún mayor.

Sabemos que, desde la academia, debemos promover la formación ciudadana en la lectura crítica de los medios, en todos sus soportes, desde la educación formal. A partir de ahí, cada persona podría dar un paso más hacia el pleno uso de sus derechos comunicativos: exigir información de calidad, definir sus estrategias informativas, y especialmente poder expresar sus criterios.

Las y los niños hoy crecen con acceso a medios digitales, y por ello son un público en el que aún debemos trabajar con ahínco. Desde sus tempranas edades, debemos protegerlos de los peligros que per sé trae el mundo digital, pero especialmente debemos formarlos para que construyan su propia seguridad en los entornos digitales. Ese, considero, puede ser el mejor legado para la niñez, como ciudadanos en formación, para que ejerzan sus derechos con pleno empoderamiento.

Hay quienes no han perdido la oportunidad para promover que sea el Estado el que regule y castigue las noticias falsas. Sin embargo, nuestra premisa es que a pesar de las buenas intenciones que puedan promoverlo, esto podría ser lascivo para la libertad de expresión.

Por eso, también es parte de la agenda académica el profundizar en la investigación sobre la desinformación y su incidencia en la formación de la voluntad de los electores y en general en la libertad de expresión y el derecho a la información. Como ejemplo de ello, en abril, la Rectoría apoyará una encuesta a cargo del Centro de Investigación y



Estudios Políticos (CIEP), con el Instituto de Investigaciones Psicológicas (IIP), el Centro de Investigación en Comunicación (CICOM) y el Programa de Libertad de Expresión (PROLEDI), que aspira profundizar en el consumo de contenidos y la producción y viralización de noticias falsas.

Este encuentro que nos reúne es evidencia de que nuestras preocupaciones son compartidas por muchos colectivos, en muchos países distintos. Los que hoy están aquí representados, principalmente de Centroamérica, compartimos también visiones de desarrollo y progreso comunes, pues nuestras historias tienen muchas raíces conjuntas. De la misma manera, hemos sufrido cuando hemos recibido la noticia de una voz más que ha sido silenciada, víctima de un hampa que se apropia de la justicia y se convierte en justiciera por conveniencia. Hemos llorado la pérdida de valiosas voces periodísticas, activistas, ciudadanas, pero por ello debemos honrar sus memorias para hacer que la población se empodere de sus propias voces y de sus propias decisiones, desde las cotidianas hasta las electorales.

Este encuentro regional es una luz para volver a nuestras aspiraciones originales, hace casi treinta años, de que internet fuera para todos. Pero eso no significa solo dar acceso: significa que la información real esté realmente al alcance de todos. Por ello quiero agradecer la incalculable colaboración que la Relatoría Especial para la Libertad de Expresión, el OBSERACOM, Artículo 19, y todas las organizaciones, colectivos y personas que luchan a diario por fomentar los entornos propicios para el ejercicio de la libertad de expresión, incluso en internet, como resolvió la Asamblea de la Organización de los Estados Americanos, en su resolución sobre la promoción y protección de los derechos humanos.

Muchas gracias.